

Sobre la dicción poética (Respuesta a una encuesta radiofónica)

Francis Ponge

Traducción: Jorge Fernández Granados

Ustedes saben (no pretendo enseñárselos; si lo repito es sólo para facilitar mi respuesta, en fin, porque me parece cómodo comenzar por ahí), ustedes saben que *dicción* en francés tiene dos sentidos.

Es, primero, la manera de decir, de pronunciar un discurso, un poema: dicción enfática, dicción monótona.

Es también, escribe Littré¹, la manera de decir considerando la elección y el orden de las palabras. Es evidente que en este segundo sentido *decir* se emplea como el equivalente casi por completo de escribir —pero el sentido de recitar en voz alta se perdió—; decir significa aquí expresar con palabras, por la palabra. Es *el decir*, en el sentido mallarmeano del término, la expresión por la palabra. Littré, por otra parte, lo expresa muy bien con sus ejemplos. Cuando Voltaire dice: “Racine, quien ha dado a la dicción un encanto desconocido hasta él” es evidente que se trata de otra cosa —que se trata de la dicción de Racine— que de la dicción de la Champmeslé²: se trata, propiamente hablando, del *estilo*. Del mismo modo en Pellison cuando escribe: “Voiture hizo estos versos en español, que todo el mundo creía eran de Lope de Vega por la pureza de la dicción.”

Bien, me parece que todo lo que hay que decir, por lo que a mí respecta, sobre el o los asuntos que atañen a su encuesta, radica en el hecho mismo de estos dos sentidos de la palabra dicción.

No solamente no importa qué poema, sino qué texto —cualquiera que sea— comporta (en el pleno sentido de la palabra comporta), comporta, digo, su dicción.

¹ Se refiere al *Diccionario de la lengua francesa* de Maximilien-Émile Littré. (N. del T.)

² Actriz francesa del siglo XVII, quien interpretaba a las principales heroínas de Racine. Famosa por su voz (N. del T.)

Por mi parte —si me examino al escribir— jamás me sucede escribir la menor frase sin que mi escritura se acompañe de una dicción y de una escucha mentales, e incluso, más bien, que se encuentre (aunque muy poco) *precedida* por ellas.

¿Quiere esto decir —porque dije que cada texto comporta desde el momento mismo en que es concebido *su* dicción—, que cada texto *¿*comporta *una* sola dicción? No, desde luego. Lo propio de un texto altamente valorable es, precisamente, valer más allá incluso de la manera en la cual lo concibió su autor, de valer separado de éste, de existir por sí mismo. ¿Y qué quiere decir esto: existir por sí mismo? Existir para muchas relecturas —y por cierto de modo diferente—, sucesivamente para muchos observadores, lectores, espectadores o escuchas.

Naturalmente, puede parecer molesto al autor de un texto —¿molesto? Insoportable, injusto, criminal, digno de castigo— escuchar su texto deformado (como se dice) por un orador. Y es evidente que ciertos declamadores, por su manera de decir un texto, sólo prueban su taradez, su torpeza, su fatuidad. Pero, en fin, me sucedió, al escuchar a un amigo leer en voz alta uno de mis textos —después de sobrepasar una cierta sorpresa, notar una cierta rebelión—, juzgar en definitiva que él había dado a ese texto una lectura mejor que mi propia lectura mental, que me había hecho comprenderlo mejor.

Me explico. Con mucha frecuencia me sucede, al escribir, tener la impresión de que cada una de las expresiones que prefiero sólo es una tentativa, una aproximación, un esbozo; o incluso que trabajo *entre o a través* del diccionario un poco a la manera de un topo, quitando a derecha e izquierda las palabras, las expresiones, abriéndome camino a través de ellas, a pesar de ellas. Así, mis expresiones se me presentan más bien como materiales excavados, como escombros y, en última instancia, la obra en sí misma a veces como el túnel, la galería o en fin la cámara que abrí en la roca, más que como una construcción, un edificio o una estatua. Así podría explicarse mi propia manera de escribir un texto: con algo de hosquedad, algo de *enojo*, algo de agitación, algo de impaciencia.

Pero he aquí que un amigo lee este texto. ¡Y cuál no sería mi sorpresa! Trata estas mismas expresiones que yo puse —o quité—, trata estos escombros, este cascajo, como cosas de valor que

comportan su encanto, su perfección, a veces casi como joyas. En el mejor de los casos las palpa, las disfruta, las saborea; en fin, estos escombros le parecen (¿y no lo son en efecto?) la obra misma, no una cámara vacía sino una construcción muy bien arreglada, edificada piedra por piedra no sólo con sagacidad sino también con precisión y además con fortuna. Sí, tal expresión que me había parecido una aproximación insuficiente, exasperantemente insuficiente, le parece a él una expresión afortunada y es así, con este tono, que la profiere.

Me dirán que se trata en estos casos sólo de una clase de escritos, pero que debe sucederme de vez en cuando estar contento con una expresión y proferirla como definitiva, infalible, justa, irrecusable, como una especie de oráculo.

Sí, desde luego, es a lo que siempre aspiro —y a veces me sucede creer alcanzarlo—. Pero lo que resulta maravilloso entonces es que una expresión tal —especie de oráculo, de máxima o de proverbio— puede ser dicha de *cualquier modo*: vociferada, susurrada, aprisa, despacio, como aseveración, como pregunta, incluso (Lautréamont lo demostró) al revés: no pierde nada. Puesto que efectivamente ella significa todo y nada, es una obviedad y es un enigma.

Se trata de una especie de lenguaje absoluto, perfectamente estupefacto, imponente, detestable.

Uno está muy contento, desde luego, de probarse a sí mismo que es capaz de semejantes oráculos. Tal vez alguna necesidad de poder se encuentra ahí satisfecha. Pero son suficientes unos instantes para desengañarse y para desear violentamente cambiar de lugar, cambiar de ámbito, dejar ese recinto demasiado sonoro —y retomar la vida, el riesgo, la torpeza, el espeso bosque de expresiones fallidas.

¡Temo que todo eso sea muy subjetivo!

Quisiera decir otra cosa que me parece esencial. Ustedes saben que lo que me lleva o me empuja o me obliga a escribir es la emoción que me proporciona el *mutismo* de las cosas que nos rodean. Tal vez se trata de una especie de piedad, de solicitud; en fin, tengo hacia las cosas la intuición de instancias mudas que nos solicitan atención y diálogo.

Podría decirse, llevando las cosas un poco más lejos (no tan lejos todavía), que la mayor parte de los hombres nos parecen

privados de palabra, tan *mudos* como las carpas o las piedras. Juzgamos que no dicen *nada*, que sólo dicen *nadas* cuando hablan, que no expresan nada de su naturaleza muda.

Y en ocasiones, cuando se trata, por el contrario, de los que intentan verdaderamente expresar alguna cosa, sucede que tenemos solamente la impresión de que lo hicieron, pero no entendemos nada. Aquello nos parece una jerigonza, algo en chino. Incomunicabilidad de las personas, de las mónadas. ¿Por qué? Porque su sistema de referencias nos resulta oscuro.

Así, en un sentido podríamos decir que la naturaleza entera, incluidos los hombres, es una escritura, pero una escritura de un cierto género, una escritura *no significativa*, porque no se refiere a ningún sistema de significado; de modo que se trata de un universo infinito, en sentido estricto *inmenso*, sin límites.

Y entonces: ¿qué es un lenguaje? Un universo, como el otro, pero un universo *finito*, que comporta menos objetos que el otro. (Vean el lenguaje de las palabras: 20 000, 30 000 palabras, está *todo completo* en el diccionario). Si bien cada objeto de este universo — puesto que estos objetos existen en cantidad limitada en relación a los objetos naturales—, si bien, entonces, cada uno de los objetos de este mundo, es decir cada palabra, debe forzosamente ser un *signo* para *muchos* objetos del mundo. Se trata de un sistema *significante*.

Esto es válido para todos los lenguajes.

¿Pero cuál es la particularidad del lenguaje que emplean los escritores, los poetas (no tanto los músicos, los pintores, los arquitectos o los matemáticos)?

Pues bien, es que en su lenguaje *la palabra* está hecha de *sonidos significativos* a los que desde hace mucho tiempo se les asignó una notación, que es la *escritura*. Y ésta se compone de objetos muy particulares, particularmente emotivos, puesto que a cada sílaba corresponde un sonido: el que sale de la boca o de la garganta de los hombres para *expresar* sus sentimientos íntimos y no solamente para *nombrar* los objetos exteriores. Si bien sería suficiente tal vez con *nombrar* cualquier cosa —de una cierta manera— para *expresar* todo acerca del hombre.